



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO**

División de Ciencias Sociales y
humanidades

La maternidad como un espacio de
reconocimiento para las mujeres en la
estructura del narcotráfico

Trabajo de investigación para obtener el
título de
Licenciada en psicología

Por
Yarlin Loera Corona

Asesor
José Antonio Maya González

Resumen

Con la finalidad de llevar mi militancia como feminista y mis conocimientos como psicóloga a la academia, en este trabajo pretendo darle otro rostro a la maternidad en contextos violentos, hacer ver que, aunque históricamente se nos han asignado ciertos mandatos, las mujeres los han utilizado a su favor para resistir distintos contextos, en el caso de este trabajo, a la narcocultura.

Abstract

In order to bring my activism as a feminist and my knowledge as a psychologist to the academy, in this work I intend to give another face to motherhood in violent contexts, to show that, although historically we have been assigned certain mandates, women have used them in his favor to resist different contexts, in the case of this work, to the narcoculture.

Agradecimientos

A ti, Aliyah, mi bubu. Gracias por ser mi compañera en esta aventura, con apenas tres años supiste apoyarme de una manera asombrosa. Nunca olvidaré que en una crisis de ansiedad tus palabras fueron “mami, tranquila, yo te voy a llevar al doctor para que te cure. Yo te cuido” mientras yo daba vueltas alrededor de la cama y lloraba porque no entendía lo que estaba pasando. Eres la razón por la que no tiro la toalla. Ser tu mamá, criarte y cuidarte ha sido un proceso difícil, pero con una satisfacción impresionante. Cuando crezcas y leas estas palabras quiero que recuerdes que no soy perfecta y no planeo serlo, que cometo errores atroces, pero que mi amor por ti es inagotable. Siempre me tendrás contigo, incluso si deo de existir. Nuevamente te agradezco la paciencia. Recuerda que yo tengo una hija muy

valiente, amorosa, fuerte e inteligente, con afro grande y muy poderoso que es símbolo de valentía y resistencia, con piel canela y unos ojos primorosos. Te amo infinitamente, preciosa.

Madre, siempre creí que todo lo había logrado sola porque desde pequeña las circunstancias nos obligaron a no depender la una de la otra, sin embargo, hoy sé que sin tu ejemplo, apoyo y guía no sería quien soy. Me acompañaste, contuviste y amaste en todo momento, no solo a mi, a mi hija también y formaste parte de este trabajo sin ni siquiera saberlo. Quiero que mi hija un día me vea como yo te veo a ti. Te amo, respeto y honro, mami.

A todas esas mujeres que confiaron en mi. Mujeres resistentes y valientes. Las admiro, gracias por compartir espacios y experiencias conmigo.

A las feministas que han luchado y siguen luchando por todas. Hoy puedo escribir este trabajo gracias a que otras lucharon por la educación para las mujeres. Aún nos falta mucho. Abrazos para ustedes, compitas.

Gracias a mis amigas que me escucharon “n” cantidad de veces. Les aprecio y aprecio sus palabras de aliento.

Resistente

Antes de que empieces a leer

Este apartado es de suma importancia personal no solo como investigadora sino también como feminista, mujer y madre. Por lo tanto, compartiré contigo segmentos de mi historia que me llevaron a elegir este tema. Por tal motivo quisiera que la empatía empapara tus ojos y tu mente, creando con eso una especie de “oído amigo”, en este caso “ojo y mente amiga”.

“Yarlin, debemos llamar a Sinaloa. Ese es tu tío” me dijo mi madre cuando vimos la imagen de Joaquín Guzmán Loera en la televisión. La noticia decía que lo habían capturado y sería trasladado a una prisión de máxima seguridad acusado de narcotráfico, lavado de dinero y otros delitos que no recuerdo. Yo no entendía por qué era tan importante llamar a Sinaloa solo sé que desde ese día los temas de

mafia, drogas y política comenzaron a llamar mi atención. Yo tenía tan solo 12 años y nunca había contactado a mi familia paterna.

En los primeros viajes que realicé a Sinaloa disfrutaba de los momentos que compartía con mis familiares, era como si mi padre siguiera conmigo (volveré al tema de mi padre más adelante), aún lo es. Escuchaba hablar de grandes narcotraficantes y capos de la droga y mi pensamiento era “¡que padre! mi papá era uno de ellos. No puedo creer que soy Loera” y adicional a eso estaba conociendo un mundo completamente diferente al que acostumbraba. Me daban dinero, conocí marcas, armas y muchas otras cosas que a esa edad impresionan con facilidad.

Mientras mi familia paterna radicaba en el Estado de Sinaloa yo me criaba en Ciudad de México. Mi madre y mi tía se encargaban de mi prima, mi primo y de mí. Ambas trabajaban y nos criaban con las herramientas tanto psíquicas como económicas que tenían a su alcance. Esto es importante porque nunca hice preguntas sobre mi padre, creí que no lo necesitaba y que no lo extrañaba. Hasta mis diecinueve años la historia sobre mi padre era que había fallecido en un choque automovilístico y sí, es parte de la historia. La realidad es que fue torturado, asesinado, amarrado, encajuelado y calcinado. ¿Te imaginas el impacto de saber eso?

Al mismo tiempo que viajaba a Sinaloa estudiaba en CDMX, conociendo, así, el feminismo. Un movimiento que cambió por completo mi vida. ¿Por qué?, me preguntarás. La respuesta es muy sencilla, porque me obligaba a cuestionarlo todo, cuando digo todo, es todo. Como militante del movimiento me convertí en la “rara” de la familia e incluso yo me sentía *fuera de*, es decir, no hallaba un lugar para mí con mi familia materna y mucho menos con mi familia paterna. Mi único espacio seguro era con mis lecturas y algunas colegas feministas en la academia.

Aunque disfruto de ambos espacios familiares sé que no cumplo con las expectativas que se esperan de mí como mujer.

Teniendo la edad de 26 años decidí ser madre. Percibí, en las visitas que hacía a mi familia paterna, que ser madre no significaba lo mismo para mí que para algunas mujeres en Culiacán, el problema es que una cosa es pensarlo y otra es investigarlo con seriedad. Así fue como decidí que mi tema de investigación debía visibilizar lo

que sucede con la maternidad en un contexto de mafia, violento, entre drogas, cultivos, armas, etc.

En fin. El 22 de diciembre de 2020 llegamos mi cría y yo a Culiacán, Sinaloa. Mi familia me esperaba con emoción porque soy la única hija de mi padre. Lo que no sabía es que este viaje y esta estancia tan larga, comparada a las otras veces que había estado ahí, me iba a traer consecuencias, experiencias, preguntas y aprendizajes que jamás imaginé.

Descubrí que vengo de una familia precarizada, de rancho, sin educación seglar, con muchísimo conocimiento de la vida, del campo, la agricultura, la ganadería, hombres y mujeres que trabajaron desde los seis años, de un lugar donde la escuela no era importante porque la prioridad era trabajar y sobrevivir, me descubrí una ignorante de cosas tan básicas como la obtención del alimento que no viene del supermercado. Mis estudios, mi conocimiento eran nada comparado con lo que ellos y ellas conocen, admiré cada aspecto de ellos y sobretodo de ellas. Siendo mujer, feminista y madre era inevitable que la situación de las mujeres llamara mi atención y direccionara mi investigación hacia ellas.

Debo decir que aprendí algo muy valioso que me pegó muy duro, pero lo trabajé y lo supe manejar, afortunadamente. Compartiré esta experiencia contigo a manera un tanto catártica, lamento si eso sale de la academia, pero es importante para mí compartir un evento que me trajo consecuencias y que, pienso, impacta también en la subjetividad de cualquier mujer.

Cuando me autoproclamé feminista sabía que a muchas personas no les agradaría. Con mi familia materna no pasaba de estar en desacuerdo en muchos aspectos y comenzar un debate amistoso, terminar la conversación y volver a nuestras vidas. No fue así en mi estancia en Culiacán. Creí que sería como con mi familia materna, la sorpresa, que hoy que lo escribo no me parece tan sorprendente, fue que los hombres me marcaron muchos límites al punto de amenazarme, no directamente, pero si con un discurso perverso que llegó a lo más profundo de mi psique y me descontroló.

Íbamos en carretera hacia el rancho de “la tuna”, en el municipio de badiraguato. Veníamos platicando un hombre y yo, ahora ya no recuerdo el tema en específico,

pero recuerdo perfectamente sus palabras “ahorita te voy a enseñar lo que les pasa a las mujeres que se creen muy gallitas como tú” dimos la vuelta en una curva y vimos tres cruces de color rosa y me dijo “mira, así terminan. De qué sirvió que fueran muy gallitas si terminaron ahí”. En ese momento dejé de escuchar todo lo demás. Sentí miedo y después de un proceso de reflexión supe que este evento trajo consecuencias no solo a mi forma de abordar el campo sino a mi manera de ser investigadora y por supuesto a mi salud mental. Parece un evento insignificante si lo comparas con lo que viven miles de mujeres, pero toma en cuenta que yo vivía en mi burbuja de CDMX y que ese hombre era mi familiar. Me sentí amenazada por mi propia familia. Le dije “sí, aquí la vida de las mujeres no vale nada” y me dijo “aquí la vida de nadie vale nada. Solo si tienes dinero y poder sobrevives”.

Después de unos días tuve una crisis de ansiedad, no dormí por tres días completos hasta que recibí tratamiento psiquiátrico. Tengo trastorno de ansiedad así que este evento fue un detonador para generar una crisis.

Desde ese momento supe que no podía imponer mi pensamiento deliberadamente debía permitir que el campo hablara por sí solo y “dejarme llevar” por las demandas de este. Evidentemente yo tenía un tema en mente y dirigiría mi investigación hacia él, pero el campo me exigía tener cautela, dejar mis creencias fuera, guardarlas por un momento hasta que estuviera en un espacio seguro, como este texto. Pensé en que quizás no me matarían, pero estaba dejando claro que mi manera de pensar no le agradaba, ni a él ni a muchas personas. Lo que pasaba por mi mente era mi hija. Como madre ya no pienso solo en mí. Mi hija requiere una madre sana y como feminista pensaba en todas aquellas mujeres que han sido amenazadas y asesinadas solo por querer cambiar las cosas o simplemente por decir lo que creen que es mejor para ellas. Así que con todo y tratamiento psiquiátrico me comprometí a seguir con mi investigación con otra estrategia. La idea era no creer que lo que yo pienso es lo correcto sino permitir que sea el campo, los sujetos, el propio contexto el que me dé la información y con ella aportar algo desde la psicología social. En los textos nos lo dicen muchas veces, pero en la realidad me costó trabajo manejar mis propias creencias con las que me encontré en el campo.

Todas las feministas que militamos como tales tenemos un fuerte compromiso con visibilizar las situaciones que vivimos, si bien es cierto que yo no me críe en ese contexto puedo decir que tuve la valiosa oportunidad de contactar con un espacio de difícil acceso. Así pues, tomé todo lo sucedido, lo trabajé en terapia y no desistí, resistí junto con mi hija y mi madre.

Índice

<i>Narcotráfico en Sinaloa, breve recorrido histórico</i>	9
<i>Narcocultura</i>	11
<i>Mujer. Amor y maternidad como centro de su identidad</i>	13
<i>El crimen organizado como espacio identitario para las mujeres. Madres y esposas</i>	20
PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN	25
Objetivo general	25
Objetivos particulares	25
DISPOSITIVO DE INTERVENCIÓN	25
De lo virtual a lo presencial	27
De los ranchos a la ciudad.	28
De sesiones grupales y entrevistas formales a sesiones no planeadas y conversaciones informales	28
De entrevistas grabadas al ejercicio de memoria	30
De trabajar con esposas y amantes a trabajar solo con las esposas	30
Conclusiones	31

Narcotráfico en Sinaloa, breve recorrido histórico

Anterior a la Conquista no hay indicios que nos refieran a la amapola y la marihuana en el continente americano (Sánchez, 2009: 86). Sin embargo, hay narraciones que dan cuenta del uso de la hoja de *cannabis* como analgésico, no así para uso comercial o de contrabando.

La comercialización de estas plantas (la amapola y el canabbis) se le atribuye a los migrantes chinos que llegaron a territorio mexicano con distintas finalidades. Una de ellas fue por su participación en la construcción del ferrocarril de Tehuantepec en 1890 (Vidales, 1993: 34), entre otras razones. Específicamente en el estado de Sinaloa los migrantes chinos llegaron para trabajar en la industria minera (Astorga, 1995; Gallegos, 1995). Llegaron a varios estados de la república mexicana con una costumbre peculiar, el consumo del opio.

La llegada del narcotráfico a México inicia con el arribo de inmigrantes asiáticos a Sinaloa, quienes ya tenían como costumbre el consumo del opio. Para asegurar el abastecimiento de la droga trajeron semillas, lo cual propició su cultivo en siembras familiares (Galindo, 2002: 267)

Durante los primeros treinta años del siglo XX todo lo que tenía que ver con la producción, comercialización, y consumo de los derivados de la amapola era casi exclusiva de los chinos y se podía obtener sólo en algunas farmacias autorizadas por el gobierno mexicano bajo estricta receta médica (Astorga, 2003). Fue durante la segunda guerra mundial que la demanda masiva de estupefacientes iniciaría por parte de la milicia estadounidense.

Las costumbres de los chinos se veían como ajenas a las que imperaban en el territorio, lo que resultó en discrepancias entre el grupo minoritario y el dominante.

Desde las primeras inmigraciones, surgen también grupos de poder local y organizaciones civiles “antichinos”, organizaciones racistas que buscaban, entre otras cosas: la instauración de guetos para chinos y la prohibición de matrimonios y concubinatos entre chinos y mexicanos (Vidales, 1993), el impedimento de las inmigraciones chinas, la inmediata expulsión de los chinos residentes en el país, la vigilancia de su higiene, detener el presunto enriquecimiento de los comerciantes chinos a costa de los comerciantes nacionales y la prohibición de opio. Para el año 1919, en Sinaloa, se establece que cada población (ciudad o pueblo) deberá fijar una zona para el barrio chino, además de levantar un padrón de estos individuos, expresando sus condiciones generales, su estado de salud (Romero, 1994)

La definitiva expulsión de la mayor parte de los orientales se dio en 1927 con uno de los más fuertes combatientes contra la comunidad china en la presidencia, Plutarco Elías Calles, mediante un mandato federal. Fue así como el cultivo y la comercialización del opio quedó en manos de badiraguatenses que se dieron cuenta que la comercialización de la droga era mucho más rentable que dedicarse a las labores mineras (Olea, 1989).

Hubo una comunidad que obtuvo una ventaja competitiva [...] el municipio de Badiraguato. Ahí se prosiguió con el cultivo de drogas en Sinaloa después de la expulsión de los chinos. A partir de este momento, el tráfico cambió de manos y fue asumido [...] por nativos mexicanos de Badiraguato, región donde surgieron los más grandes capos, y se arraigó una subcultura que tiene como punto de referencia el narcotráfico (Cervantes, 2002: 225)

Para el año de 1943 los mexicanos controlaban el 90 por ciento de las operaciones de comercio de drogas.

Con la demanda de opiáceos por parte de Estados Unidos durante la segunda guerra mundial se llegó a un acuerdo bilateral para el abastecimiento de morfina y heroína a los hospitales de las tropas aliadas, lo que permitió la siembra industrial

de amapola en los altos de Badiraguato, zona en la que, además se había encontrado un microclima ideal para este cultivo.

Se les dijo a los gomeros (los que producían y exportaban la goma de opio) que volvieran a sembrar sus frijolitos y maicito. Pero después de probar las mieles de la amapola, ¿a quién se le podía ocurrir que aquellos fueran a soltar la jícara? (Hass, 1988: 59)

Así se da inicio a uno de los negocios más redituables en el territorio mexicano y forja a su vez una subcultura perteneciente sólo a un sector de la sierra.

Después de la década de los setentas, tras la expansión del consumo en la sociedad estadounidense y la incorporación de los cárteles mexicanos a las redes globales de contrabando se empieza a configurar una *narcocultura*, misma que trasciende las fronteras de los Altos y reproduce su particular conjunto de significaciones culturales al resto de la población del valle, la costa y de las principales ciudades sinaloenses. (Berger y Luckmann, 2003)

Las redes de narcotráfico se expandieron de forma rápida y su invasión en todos los ámbitos sociales no se hizo esperar. A finales de los años setenta, la cultura del narcotráfico era más que un estilo de vida, es un signo de identificación (Galindo, 2002: 267)

Narcocultura

Mucho se ha discutido sobre el concepto de cultura y se ha abordado desde distintos enfoques y disciplinas sin llegar a un consenso. Sin embargo, tomaré una definición de Weber que fue interpretada por Güell. Se ajusta con mi propio entendimiento del concepto, dice: “es una operación que permite organizar lo real como espacio y

como recurso predecible para la acción y, por lo mismo, como condición de la satisfacción de las necesidades” (Güell, 2008: 49). Poniéndolo en palabras más sencillas, la cultura se puede considerar como una forma de mediación entre el sujeto y la “realidad” a la que busca dotar de orden, de sentido para guiar sus acciones, su proceder, en un proceso mediante el cual construye y reconstruye al mismo tiempo su identidad (Jiménez, 2014).

Para Rossana Reguillo las estructuras del crimen organizado son una de las instancias que operan como espacios para la “reinscripción” del yo o “reapropiación” del yo juvenil. Es decir, es un espacio que brinda “ofertas de sentido”.

El derroche, la opulencia, la transgresión, el incumplimiento de la norma y el machismo son, entre otras cosas, prácticas sociales continuamente asociadas al “narcomundo”; sin embargo, vemos que todas ellas son en mayor o menor medida prácticas recurrentes en las culturas oficiales.

En este sentido, las implicaciones del narcotráfico van mucho más de los ámbitos legales, políticos, económicos y de las relaciones exteriores. Los diversos estudios que desde las ciencias sociales han abordado este fenómeno, coinciden en señalar que las actividades del narcotráfico implican un modo de vida específico, caracterizado por la cohesión que ofrece el hecho de compartir una actividad ilegal y clandestina de la cual se derivan importantes ganancias económicas [...] En otras palabras, se hace referencia a una entidad sociocultural que se objetiviza en un conjunto de prácticas como la opulencia, el derroche, el consumo demostrativo, la transgresión y la violencia. Igualmente, estos estudios han identificado que los narcotraficantes conviven en sociedad exteriorizando estas “formas de hacer”, lo cual ha generado en algunas regiones epicentros del narcotráfico una serie de cambios y transfiguraciones sociales y culturales relacionadas directamente con el establecimiento de nuevas pautas de interacción, cambio en los valores, procesos de legitimación, entre otros (Ovalle, Giacomello, 2006:299,300)

Tomando en cuenta la definición de cultura que tomé como referencia, lo que nos dice Reguillo acerca de lo que actualmente aporta el narcotráfico al yo juvenil y las características del *narcomundo* entonces tiene sentido hablar de una *narcocultura*. La cuestión que surge con todo lo mencionado anteriormente es el papel que llevan a cabo las mujeres en estas organizaciones. Hasta el momento se ha hablado de grandes capos, hombres, de mafiosos, hombres, pero las mujeres no pueden ser borradas de nuevo de lo que sucede en esta estructura.

Mujer. Amor y maternidad como centro de su identidad.

El amor es una experiencia profundamente humana, coloquialmente hemos escuchado que es el motor del mundo, lo que nos mantiene humanas, lo que nos motiva a continuar. Muchos escritores, artistas, intelectuales producen contenido con base en el amor. Crean obras extraordinarias con la finalidad de plasmar en ellas lo experimentado, lo vivido.

Nuestro primer aprendizaje del amor lo tenemos en la relación materno-filial (Lagarde, 2001). La experiencia más temprana con el amor lo experimentamos con quien se encarga de nuestro cuidado. En casi todos los casos es la madre, pero puede suceder con cualquier otra persona.

En el caso de las mujeres el amor no es solo una experiencia, un sentimiento o una inspiración para el arte sino que, como dice Marcela Lagarde, es la experiencia que nos define.

Hombres y mujeres nacemos con un sexo. Las mujeres con vulva, los hombres con pene y testículos. A partir de estas características físicas específicas hombres y mujeres aprendemos mediante los procesos de socialización los contenidos del género. En el caso de las mujeres el amor es el centro de nuestra identidad. Aprendemos a amar a ser seres para el amor.

Amar es el principal deber de las mujeres. ¿Qué debemos ser las mujeres? Debemos ser seres del amor. Y esto, como mandato cultural, no como una opción, no por nuestra voluntad, sino porque es el deber ser que

culturalmente se nos ha asignado, el deber ser que socialmente ha sido sonstruido en cada mujer. El sentido de la vida, la filosofía de género de las mujeres, tiene que ver con lograr los objetivos amorosos para los que ha sido educada. Al vivir, cada una de nosotras vamos transfigurándonos en seres del amor, aunque no nos demos cuenta de este proceso. Analizándolo como antropóloga, diría que el sitio de vida de las mujeres es el sitio de su transfiguración en seres del amor, en seres para el amor. (Lagarde, 2001)

Este mandato cultural que se nos es asignado, incluso antes de nacer nos hace vivir en conflicto con nuestros deseos y los deseos de cumplir con este mandato cultural. Nos medimos constantemente con estas expectativas, permanecemos balanceandonos entre nuestras propia necesidad amorosa y la necesidad amorosa de otros. Así pues nos convertimos paulatinamente en el servicio de otros. Mujeres dadoras de amor. Nos configuramos como sujetas cuya finalidad es colocar al otro como lo más importante del mundo, de nuestro mundo.

Somos convocadas a movernos por amor, a mover montañas por amor, pero para que nuestros esfuerzos beneficien a otras personas. Nuestra prioridad debe ser siempre el beneficio de los demás. En sí mismo, este mandato es una limitación a la creatividad amorosa de las mujeres. Porque en el ejercicio amoroso de las mujeres estamos siempre calibrando y balanceando qué tanto beneficiamos a los otros y qué tanto nos beneficia a nosotras y aún más, si es legítimo que nos beneficie. La posibilidad creativa del amor tiene para nosotras una doble medida (Lagarde, 2001)

Constantemente escuchamos a las mujeres hablar del amor, no solo amamos parejas, amamos hijos, padres, cosas, proyectos. Todo lo ponemos primero que a nosotras mismas, nuestras necesidades y anhelos. Constantemente escucho mujeres poniendo a sus parejas, hijos, hijas, etc en el centro de su mundo, olvidándose, a veces sin darse cuenta, de sus propias necesidades amorosas.

En otras palabras a las mujeres se nos es negado el amor propio.

No es consejable para esta sociedad que una mujer se ponga como el centro de su mundo, que se ame a sí misma, que sea generosa con ella porque eso se traduce en egoísmo.

Históricamente podemos encontrar muchas mujeres que han cuestionado lo establecido, se han salido de lo que se espera de ellas y han resistido un ambiente que no tolera los cuestionamientos. Así pues, existen muchas formas de ser mujer, es verdad que no todas somos, actuamos, nos relacionamos de la misma forma, pero también es innegable que al ser seres sociales estamos sujetas a los diversos mitos que forman el ser mujer. Estos mitos nos brindan información sobre lo que se espera que seamos y cómo seamos, información que no está propiamente escrita como una regla, pero que sí se instaura en la sociedad y es esta quien exige su cumplimiento. Así como existen cambios políticos, económicos, sociales, también existen en los mitos que nos contruyen como sujetas. Sin embargo nos damos cuenta de que arrastramos siempre con mitos que creíamos superados, pero que en la subjetividad los encontramos arraigados. Por muy modernas que seamos seguimos viendo la repetición de mitos tradicionales.

En el amor seguimos siendo muy idealistas. Somos supermodernas, con todos los elementos de la modernidad [...], pero en el amor nos perdemos, y seguimos queriendo amar y que nos amen según los mitos tradicionales, universales y eternos que han alimentado nuestras fantasías. Las ideologías amorosas circulantes repiten y repiten que el amor es eterno, que el amor no ha cambiado, que todo el mundo quiere lo mismo en el amor. Estos mitos se refuerzan en la cultura amorosa en la que seguimos siendo educadas, que nos asigna el papel de seres en servidumbre (Lagarde, 2001)

Renata, como yo la llamo me dijo en una ocasión:

Es que no entiendo por qué para los hombres es tan fácil andar de luros con otras mujeres y todavía decirte que te aman. Eso no se hace. Mi mamá dice que eso no es amor. Que alguien que te ama no te hace daño así. ¡Ah! Pero si fuera una, nombre ni la cuentas, mijita. Aquí te matan si haces eso. Si, a varias las han matado. Bueno hay algunas que tienen poder y se desquitan de la amante. Una allá en la tuna rapó a la amante de su marido. Pues oye, la vieja sabía que era casado y se metió con él. Para acabarla la esposa estaba embarazada. ¡Ay, no! Yo si la mataba.

El amor como centro de su identidad no es lo único que la sociedad establece que es ser una mujer. La maternidad es parte esencial de lo femenino. Una mujer que decide no ser madre, porque actualmente, algunas, lo pueden hacer, no es bien vista.

Una chica, a la que llamaré Lili, en entrevista mencionó:

No, yo no quería ser mamá yo le dije que después de terminar la escuela, pero pues este (refiriendose a su esposo) me dijo que si no quería ser mamá entonces qué vergas hacía con él. Que una mujer que no quiere tener hijos es porque lo que le gusta es la putería.

Otra de ellas, Yazmin, dijo:

Nombre, yo ya no quiero más hijos (tiene tres) y (su esposo) dice que otro y ya. Está loco, yo apenas puedo con los que tengo, ya no quiero más. A veces, Yarlin, siento que me voy a volver loca, no puedo más

Ser mujer y no ser madre es una contracción en la sociedad en la que vivimos, es un trago amargo. No se concibe que una mujer, teniendo la capacidad de crear vida

no lo quiera hacer, se naturaliza la maternidad y se piensa que es lo propio, lo biológicamente correcto.

Habitualmente consideramos [...] “natural” que la mujer sea madre. Así se adscribe la maternidad como un fenómeno de la naturaleza y no de la cultura. Esta particular inscripción hace innecesario el rastreo de determinantes histórico-sociales, económicos y culturales ya que define y consolida este “hecho” como perteneciente al orden biológico. Es natural que la mujer sea madre... (Fernández, 1993)

Al mismo tiempo que se espera que la mujer sirva a otros, sea madre, que es parte de lo mismo, se espera de ella una vida laboral, escolar o lo que sea que no forme parte del espacio privado. Se espera que formen parte de ambos espacios y lo hagan con amor y gusto. Por supuesto sin olvidar que la familia es lo más importante y no me refiero a que sea importante como adjetivo sino como verbo. Atender todas las necesidades de los y las integrantes es lo primordial, dejando de lado o al final, en la mayoría de los casos las necesidades de ellas.

Lilí me compartió lo vivido en su embarazo y en este ejercicio de memoria trataré de usar las palabras textuales de su conversación.

Este ni creas que me ayuda, dice que ese es mi trabajo (hablando del cuidado de su hija), y la (su hija) no se aguanta, no me deja hacer nada y cuidado y vea la casa sucia porque me regaña. En mi embarazo se portó bien mal. Andaba con una muchacha, me dijeron. Yo me deprimí mucho, hasta el doctor me mandó medicamento y con todo y depresión me iba a la escuela y pa terminarla él quería que cuando él llegara yo le sirviera la comida [...] no me falta nada, pero no soy feliz. ¿Tu crees que él cambie? Pienso que este nuevo bebé (está embarazada) nos ha unido más, pero y ¿si me hace lo mismo? Noooo, yo ya no se la perdono, ahora si lo dejo.

Alma, una mujer de 36 aproximadamente me compartió lo siguiente:

Pues allá en el rancho yo fui como la mamá porque mi amá se la pasaba trabajando y pues los plebes estaban chiquitos. Aprendí a cocinar viendo y ya cuando crecieron (8 o 9 años aproximadamente) mi apá se los llevaba a trabajar a la sierra. Ahí les hacíamos su lonche y órale, a trabajar pa`que en la casa hubiera comida [...] a las mujeres nos tocaba cuidar a los más chiquitos, éramos diez, imagínate, noooombre. Yo por eso hoy veo a los niños y me da mucha felicidad que disfruten de la vida porque yo no tuve infancia. Nooo, que esperanzas que nos levantáramos tarde y jugáramos, bueno, si jugábamos, pero si no le hacíamos caso a mi amá, llegaba mi apá y nos colgaba de un árbol (se ríe). Y pues ahora ya ves, sigo siendo la cuidadora de todos, hasta de mi amá.

Ella aprendió a hacer pan en horno de lodo. En Sinaloa se le llama *pan de mujer*. A eso dedica su tiempo libre para obtener dinero. Conversar con ella en especial me provocaba querer seguir trabajando en este proyecto. Ella me pedía que la escuchara.

Elo, una mujer que fue criada en el mismo rancho que Alma, dijo:

Si yo fui la mamá del chaparrero, yo lo navegaba, también al José. Les limpiaba el culo (se ríe). Ya ahora en la ciudad, casada y con mis hijos la cosa cambió, pero hasta ahora de viejos (grande de edad, es decir 30 años aprox) me siguen buscando. Noooo, yo me llevaba muy bien con ellos. Cuando mi marido falleció pues tuve que trabajar, vendía perico. De otra forma nuuunca me hubiera hecho mi casita. Si yo parecía hombre, es más todos decían que tenía más huevos que cualquier hombre. Un día iban a agarrar a mi hermano. A la oficina donde trabajaba le cayó gobierno. Nombre, la explotaron, yo andaba bien preocupada y de repente que lo veo aquí (en su casa). No, pues ya descansé. Lo escondí, ni lo dejaba salir hasta que las cosas se calmaran

porque a los guachos (así le llamas a los soldados) no perdonan. Les vale madre.

En fin, aunque las mujeres han “conquistado” espacios en los que antes no eran aceptadas siguen interiorizando y reproduciendo discursos tradicionales. En repetidas ocasiones me decían que les gustaría hacer otras cosas, pero que no les era posible porque su esposo o hijos (hombres) no lo iban a permitir.

A este (su esposo) le vale lo que estudié. No quiere que trabaje, dice que pa´qué, que si me hace falta algo pa´que me lo compre. ¡Ah! Y la friega que me metí le vale. Ni modo, yo no quiero pelear, al rato que me diga que no hago nada le voy a recordar lo que me dijo.

En palabras de Ana María Fernández.

[...]la maternidad es la función de la mujer y a través de ella la mujer alcanza su realización y adultez. Desde esta perspectiva, la maternidad da sentido a la feminidad, la, madre es el paradigma de la mujer, en suma, la esencia de la mujer es ser madre. (Fernández, 1993)

Para concluir con este apartado quiero rescatar las palabras de un hombre. Lo creo importante porque en sus palabras se mezclan tanto el amor como la maternidad como parte fundamental de la vida de las mujeres. Aunque son dichas por un hombre esto nos habla de que los mandatos sociales son evidentes y que tanto hombres como mujeres los reproducimos.

Yo le dije a ella (su esposa) si te vas a juntar con un hombre lo primero que te va a pedir son hijos. Apoco crees que un vato va a querer andar contigo así nomás porque si. Noooo, chula, mejor no andes con vatos. Un hombre no te va a tomar enserio si no quieres tener hijos.

El crimen organizado como espacio identitario para las mujeres. Madres y esposas.

Las organizaciones criminales se han vuelto espacios en los que los jóvenes buscan reconocimiento. En un contexto como Sinaloa, donde el crimen organizado a invadido todo el territorio es difícil escapar de ese estilo de vida.

En una conversación con Ana, me dijo:

Ay, aquí desde morrillos andan queriendo ser capos y matones, uy mijita, aquí eso es normal. Ya los niños están acostumbrados a escuchar de balazos y armas. El Junior ya tiene su pistola y apenas tiene 4 años. Es que aquí el que no anda en eso no la hace. Los sueldos no alcanzas, son bien abusones.

Y sí, los jóvenes hombres encuentran en ese espacio un lugar para desarrollarse, a veces no porque quieran sino por la inestabilidad del contexto y las condiciones hace que prefieran pertenecer, con mucho orgullo, al menos aparentemente, a las filas del crimen organizado y así es su entrada a la narcocultura.

Un hombre, esposo de una de las mujeres con las que conversaba, dijo:

Es que sabe qué, oiga, no entiendo porque el gobierno la hace tanto de pedo si esto nunca se va a acabar. Nomás provocan más muertes. Deberían dejarnos trabajar. Así estaríamos mejor. Ire, ahí van esos tres (eran tres niños de entre 10 y 13 años) al rato esos son los que va a andar de punterillos y van a aparecer muertos en una fosa clandestina. Es que el gobierno no entiende que nos dejen trabajar. Ire, la neta cómo no van a querer trabajar con nosotros. Fíjese la mafia paga 3,000 o 4,000 pesos a la semana porque les laven los coches o anden ahí de gatos. Usted cree que van a dejar eso

por ir a trabajar a La ley (un supermercado) pa'ganar 10 pesos el día. Nombre, la mafia tiene pa'pagarles mejor y ni hacen mucho. Imagínese usted ganar 12,000 pesos en un mes nomas por lavar los coches ahí de ves en cuando. Nombre, una chulada.

En las filas del crimen organizado hay muchos hombres. No todos valen lo mismo. Eso fue lo que me dijo uno de ellos.

Aquí no solo la vida de las mujeres no vale nada. Es que aquí la vida de nadie vale. Si no tienes feria y poder valiste madre. Hoy tienes feria, mañana no. Nadie sabe lo que le espera.

Es importante tomar en cuenta que la situación que se vive en México con respecto al crimen organizado ha rebasado, por mucho, al Estado. Es grande la cantidad de jóvenes, no solo hombres sino también mujeres que buscan este espacio para reconocerse.

[...] mucho más allá del consumo, la situación en el país -el quiebre de la institucionalidad, el crecimiento de la impunidad, el aumento de la pobreza y la exclusión- resultaría en un caldo de cultivo harto propicio para que las estructuras del narco comenzaran un trabajo tan callado como eficaz en el reclutamiento de un ejército de jóvenes desencantados, empobrecidos y en búsqueda de reconocimiento [...] Los expertos en cuestiones militares saben de la importancia de la "primera línea de fuego" y lo que ello significa; se trata de una línea de defensa (o ataque), estratégica, formada por los combatientes más aguerridos, pero al mismo tiempo más sacrificables. Lo saben bien los jóvenes reclutas de la zona paralegal abierta por el crimen organizado (Regillo, 2010)

Retomando las palabras de un hombre.

Esos tres al rato van a amanecer muertos, tienen toda la pinta de punteros. A esos plebes son a los que matan primero. Imagínese, oiga, son chamacos cagados que no estudian, pero quieren dinerito. Ah, pues la mafia aprovecha y los ocupa.

Si los jóvenes hombres son los que pertenecen a la “primera línea de fuego” ¿Qué sucede con las mujeres?, ¿Dónde encuentran ellas reconocimiento en este espacio?, ¿qué ofrece esta estructura social para que las mujeres se integren a ella?

Esposa y madre. Espacios de reconocimiento para ellas.

Las esposas, en esta estructura social tiene un valor y un reconocimiento que me costó comprender. Antes de empezar con este apartado quiero escribir las palabras de algunas participantes.

Te pongo en contexto. El esposo de Lilí fue asesinado el dos de abril del año 2021. Lilí tuvo que preguntar por él y arriesgar su vida para que le entregaran el cuerpo de su esposo. En ese proceso la acompañé. Su duelo me marcó y por momentos pensé que ser objetiva era desagradable, así que debo confesar que me quebré. Lloré porque, aunque no quiera este evento tocó fibras sensibles. Fue un proceso que me marcó no solo como investigadora sino como ser humana. Como lo dije antes, mi padre fue asesinado y, de hecho, mi madre vivió cosas parecidas a las de Lilí. Tales como la incertidumbre, no solo por no encontrarlo sino porque dependía económicamente de él. Teniendo crías y con las cosas materiales a nombre de otras personas el futuro es incierto y el miedo las invadía. En el velorio estuve presente, atenta a las conversaciones entre mujeres. Señalo que este hombre dejó diez crías. Ocho mujeres son las madres. Casi todas llegaron al velorio con sus respectivas

crías para despedir al difunto. Como no formaban parte de mi investigación no pondré nombres, sino que haré una lista con los comentarios que le dan sentido a lo que más adelante leerás.

- *No, pues si es igualito, míralo. Cómo van a decir que no es su hijo.*
- *Aunque se enoje, qué. Es el papá de mi hijo y era mi esposo también, ni modo que no supiera. No creo que sea tan tonta (decían refiriéndose a Lili)*
- *Yo soy la esposa, plebes. Quiero respeto. Ustedes saben que él vivía conmigo. No quiero a ninguna de esas putas cerca de mí. ¡Respétenme! (le decía Lili a los y las hermanas de su esposo).*
- *¡Ay! Lili ni debería hacer panchos, todos sabemos que él estaba con ella. Ella es la esposa y eso nadie lo pone en duda. Que deje que esas perras agarren sus cinco minutos de atención. (decían entre las hermanas del difunto)*
- *Todos sabíamos que con ella nadie se metía sino él se enojaba. Nombre, te lo echabas de enemigo. Pa'que quieres, mijita. (refiriéndose a Lili, su esposa)*
- *Mi amá es la dueña de todo, nada de que esas perras van a disfrutarlo para que se vayan con un mayate. Lili es la única que quedó protegida y eso porque él lo dejó dicho. A ella es a la única que se le va a respetar su casita y su carro. Si no lo respetamos es capaz que nos viene a jalar las patas.*
- *Lili es su esposo y de eso no hay duda. Ella le aguantó todo. (dijo el hermano del difunto a toda la familia)*

Así, las únicas figuras “respetadas”, lo pongo entrecomillado porque realmente al que estaban respetando era a él, fueron a su mamá y su esposa. Mientras la esposa quedó protegida económica y moralmente, la madre tomó decisiones sobre todo lo que tenía que ver con su hijo.

Lo sucedido con el esposo de Lili se volvió tema de conversación con todas las mujeres con las que platicaba para este proyecto. Al ser un grupo reducido y por todas conocido los comentarios no se hicieron esperar.

Yo solo espero que la familia sepa respetar que ella es la esposa. No la pueden dejar en la calle. Quedarían en vergüenza con los jefes. Mejor que no le jueguen al vergas. Dijo Yazmin

Pobre, la debe estar pasando muy mal. Ojalá la apoyen porque imagínate con una plebe chiquita y la otra en camino. Ay no, yo no quiero estar en sus zapatos. Lo bueno que este hombre (el esposo de Lili) tenía (bienes y dinero). Yo me imagino que todo se lo dejó a ella. Eso le corresponde a ella. Dijo Alma.

Su mamá, pobre. Es que perder un hijo duele mucho. Yo perdí a mis hermanos. No me imagino el dolor de perder un hijo. Estaba bien plebe. Dijo Elo.

Este suceso me dejó claras dos cosas. Las mujeres solo se respetan si son las esposas de alguien o las madres de alguien. De otra forma luchan constantemente por reconocimiento dentro de este espacio al que llamé narcocultura.

La imagen de la madre es sumamente respetada. Por lo tanto, muchas mujeres aspiran a ese puesto. Las esposas de los capos o de hombres con cierto poder dentro de la organización tienen derecho a la toma de decisiones no solo de sus bienes materiales sino de todo lo que sucede con ellos.

No, si tengo miedo. Pues yo soy la esposa, pueden venir por mi con tal de hacerle daño a él. Deja tú a mi, a la niña. Ay no, ni pensar esas cosas. Dijo Lili

PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

¿Es la maternidad un espacio que les permite a las mujeres dar sentido a sus biografías y tener un papel activo en la estructura del narco?

Objetivo general

- Mediante producciones de significados presentes en el discurso de las mujeres que pertenecen a la *narcocultura*, conocer el significado que tiene para ellas la maternidad y cómo estas reglas, *deberes ser*, mandatos sociales construyen un espacio de identidad para ellas.

Objetivos particulares

- Saber si el rol de las mujeres es pasivo o realmente lo es en apariencia.
- Conocer los espacios que ofrece la *narcocultura* para las mujeres.
- Indagar en el discurso lo que significa para estas mujeres la maternidad.
- Dar cuenta de los procesos que viven estas mujeres respecto a la maternidad.

DISPOSITIVO DE INTERVENCIÓN

Salazar propone una forma de pensar los dispositivos de investigación-intervención como *máquinas de visibilidad* en el campo de los procesos sociales. Invita a realizar un desplazamiento de sentido en relación con el dispositivo foucaultiano: del dispositivo como *máquina de control y manipulación de lo social*, productora de sujetos, discursos y verdades, hacia un dispositivo entendido como la “construcción intencional de una singular *máquina para hacer ver*, en el marco de un proceso de reflexión sobre lo social, lo cual implica una estrategia para la acción” (2004:292).

Construyendo un Dispositivo de intervención

Es bien sabido por toda investigadora que cuando se planea una metodología y un dispositivo de intervención el mismo campo puede modificar lo que originalmente se tenía contemplado. Mi investigación no fue la excepción.

Antes de empezar a describir lo que hice quiero dejar claro el por qué decidí hacer este trabajo de manera individual.

Soy de Sinaloa y pertenezco a una familia con un apellido conocido en ese contexto, eso me pone en ventaja con respecto a mis colegas. Mi apellido, la familia a la que pertenezco me permitió tener contacto con mujeres que viven en Culiacán, son madres, muchas de ellas nacieron en familias mafiosas otras se involucraron con hombres de la mafia y otras nacieron y se involucraron con hombres de la mafia.

Le comenté a mi prima (ella me contactó con estas mujeres) sobre mi trabajo y que sería en línea y en equipo. Ella me respondió “mira, si tienes pensado hacerlo en la sierra pues no hay internet tan fácil, los horarios de ellas dependen del marido y no creo que quieran que otra gente las conozca, pero no sé, deja preguntarles”. Aquí llegué a la conclusión de que trabajar con alguien implicaría viajar allá y que esa persona trabajara tras bambalinas. No creí justo ni adecuado que yo estuviera en el campo mientras mi colega no. Otro punto para tomar en cuenta es que tengo una cría y ella debía viajar conmigo, allá me daban un lugar dónde quedarnos, pero si iba acompañada no. Así decidí que lo mejor era, viajar con mi hija y hacer el trabajo sola.

Aquí ya hubo un cambio, pero no fue el único. En esta búsqueda y construcción de un dispositivo adecuado para la finalidad de mi investigación me tope con muchas dificultades, las describiré de manera sintetizada y ordenada para una mejor comprensión.

De lo virtual a lo presencial

El 28 de febrero del 2019 se anunció el primer caso de contagio de Covid-19 en el país. Los contagios iban en aumento así que el gobierno del país decidió suspender las clases presenciales con la idea de disminuir los contagios entre la población. Para el 24 de marzo del mismo año el gobierno federal declara la trasmisión comunitaria del virus y activa la fase dos de la contingencia. Esto implicaba, distanciamiento social, suspensión de eventos masivos, medidas sanitarias y se implemento el distanciamiento social. El 30 de marzo el Consejo de Salubridad decreta emergencia sanitaria por el virus SARS-CoV-2. Para el 21 de abril se declaro que estábamos en la fase tres de la emergencia. Lo cual significaba permanecer en cuarentena generalizada, cierre de establecimientos no prioritarios, distanciamiento social, entre otras medidas sanitarias.

Ya para el 1 de junio se declaró el inicio de la nueva normalidad con medidas para prevenir contagios. Algunas medidas que hasta ahora son vigentes son el uso de cubreboca, gel antibacterial, control para que no haya aglomeraciones, distanciamiento social, lavado constante de manos, disminuir lo más posible las salidas, vacunación, entre otras.

Si bien lo ideal era llevar a cabo la investigación de manera virtual las mujeres con las que quería tener contacto no lo querían así. Una de ella me dijo “si vienes no hay problema, yo no creo en eso del coronavirus. Si quieres usar cubreboca por mi está bien, aquí no hay coronavirus”. Honestamente tenía miedo de viajar, y comprometer mi salud y la de mi hija. Pedí apoyo al padre de mi cría, pero no quiso permanecer con ella mientras yo iba a Sinaloa. Así que mi opción, si quería continuar con este proyecto, era viajar y conocer el campo de manera personal y presencial. Honestamente no me arrepiento porque la experiencia estuvo llena de emociones.

De los ranchos a la ciudad.

Planteé en mi anteproyecto trabajar en la parte alta del Estado de Badiraguato, siento un municipio conocido por ser la cuna de los grandes capos concluí que las mujeres con las características que necesitaba estaban ahí y yo tenía acceso. La tuna, San José de Llano y la palma son localidades importantes en la historia del narcotráfico. Hice varios viajes para buscar mujeres que quisieran colaborar conmigo. La respuesta me sorprendió. Al principio había cierta desconfianza cuando les comentaba sobre mi trabajo. Una de ellas me dijo “y eso pa` que, tú. Qué carrera estudias o qué” contesté “psicología”, me miró de pies a cabeza y me contestó “no, muchacha, eso no sirve. Lo que necesitas estudiar es abogacía, algo que sirva. Aquí eso no te sirve de nada además aquí no creas que les gustan mucho esas cosas ¿eh?”. Al principio me desanimó, pero otras mujeres me decían que con gusto me apoyaban. Ya tenía la aprobación de algunas, la cuestión es que todo en esos lugares es complicado. Iba a depender completamente de alguien para poderme transportar, debo decir que el transporte allá es especial por las características del suelo. Es esencial tener camioneta 4x4 o motos aptas para todo terreno. La comida no es fácil de obtener si no tienes tus propios medios, es decir, iba a depender de alguien para conseguir las cosas básicas. Si hubiera ido sola no era complicado, pero por amor y respeto a mi hija decidí que no era buena idea permanecer ahí y viajar para tener sesiones era una locura. La solución estuvo en realizar mi investigación en la ciudad de Culiacán donde puedo obtener todo de manera más sencilla.

De sesiones grupales y entrevistas formales a sesiones no planeadas y conversaciones informales

El plan inicial era hacer sesiones semanales con no más de 7 mujeres. Estando en Sinaloa todo cambió y no fue por petición de ellas sino por intuición mía. Primero quise conocer a algunas chicas. Para esto mi prima me llevó con ellas, se supone

que eran amigas. Todas me recibían muy bien. En las primeras conversaciones informales para conocerlas salía a la luz un suceso muy interesante.

Resulta que de alguna manera eran familiares mías. Aquí trataré de explicar brevemente por qué sucede esto.

Como mencioné en el apartado de la historia sobre el narcotráfico en México el cultivo, la cosecha y todo lo que requiere el negocio del tráfico de estupefacientes quedó en manos de los badiraguatences después de la expulsión de los chinos del país. Este municipio se divide en 12 principales localidades o como comúnmente se les llama, ranchos. Estas localidades son pequeñas y vecinas. La información que brinda el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) es que en 2010 la población que había en Badiraguato era de casi 30,000 habitantes, 6.19 habitantes por kilómetro cuadrado. Al no ser demasiados habitantes resulta las uniones y matrimonios se llevan a cabo entre familiares, a veces cercanos y otras veces lejanos. Supe que tengo una familia muy grande, que hasta la que menos piense que puede ser mi familiar, lo es.

Con lo que estaba pasando me pregunté si iba a poder apartarme, apartarme en el sentido de que aún sabiendo que son mi familia no involucrarme al grado de afectar la investigación y también si iba a tener validez ante la academia. Sin bien no me críe con ellas ni las conocía terminaban siendo mis parientes. Al final, con ayuda de José Antonio concluimos que probaría cómo me sentía al realizar entrevistas o conversaciones, dejando bien claro en este escrito lo sucedido y con base en eso decidía la mejor opción. Concluí que no quería tener sesiones grupales porque al ser un grupo de mujeres pequeño al que tengo acceso, un lugar físico pequeño, todas parientes temía que no se sintieran con la confianza necesaria. En Sinaloa sucede que todos y todas cuidan mucho lo que hablan y con quién lo hablan así que no necesitaban un espacio en que no se sintieran cómodas. Como investigadora también busqué las mejores opciones para mí. Hacer sesiones muy formales con preguntas estructuradas no me convenía. Fue como decidí tener conversaciones informales y en ambientes distintos. Me funcionó porque creé confianza. Ellas se sintieron respetadas y yo me sentí cómoda al conversar con ellas y no estructurar de manera formal una entrevista.

Entonces lo que hice para esta investigación fue tener conversaciones informales con mujeres que tienen hijos con hombres que están involucrados en la mafia del narcotráfico, viven en un contexto violento y pertenecen a la subcultura, llamada por algunos autores como “narcocultura” y mediante su discurso y producciones subjetivas me proporcionaran información sobre lo que implica ser madre y las significaciones que produce la institución.

De entrevistas grabadas al ejercicio de memoria

Al tomar la decisión de no hacer sesiones planeadas, dadas las circunstancias en las que se estaba dando la investigación, es decir, casi de manera espontánea se daban las conversaciones no quise romper la “chispa” y grabarlo. Creí adecuado ejercitar la memoria y mediante un diario de campo ayudarme con las palabras casi textuales de las participantes.

De trabajar con esposas y amantes a trabajar solo con las esposas

Conforme pasaba mis días en Culiacán entendí que no es lo mismo ser la esposa que se la amante. La esposa, si el hombre así lo decide, en todos los casos que tomé así era, “goza” de privilegios económicos y de reconocimiento social que las amantes no obtienen. Los hombres deciden el tiempo que pasan con cada una, pero la esposa o por decirlo como ellos lo dicen, la primera mujer, tiene la posibilidad de intervenir en las decisiones del esposo. Además, lo decidí así porque si yo trabajaba con las amantes me arriesgaba a que las esposas se enteraran y ponerme en riesgo. Digamos que, si tomo en cuenta a la amante antes que a la mujer es una falta de respeto muy grande, es como si yo le diera el lugar de esposa a quien no lo tiene. Para no entrar en conflicto preferí mantenerme al margen de las reglas que se establecen en su mundo.

Conclusiones

Históricamente las mujeres han cambiado la manera de ver el mundo, de verse en el mundo, de, incluso, posicionarse en el mundo, han cuestionado, resistido y cambiado aspectos impuestos por la sociedad. Sin embargo y a pesar de los esfuerzos que hagan son seres sociales sujetas a las normas establecidas por una sociedad y una cultura que difícilmente soporta los cambios.

Es importante que para modificar las cosas primero demos cuenta de todos los procesos que son vigentes.

En México en particular y en América Latina en general el fenómeno del narcotráfico se ha colado hasta lo más íntimo de la subjetividad de las y los sujetos. Este fenómeno no puede pasar desapercibido para la academia y es nuestra tarea visibilizarlo, nombrarlo, cuestionarlo e ir modificando los discursos imperantes en la sociedad. Por esta razón creí importante hacer una aportación desde la psicología social para saber qué está sucediendo con las mujeres en contextos de violencia. Mucho se habla de los hombres en este contexto, pero de las mujeres solo puedo pensar en información simplista que pone a las mujeres como seres pasivos, casi sin opciones. Es verdad que las mujeres en la narcocultura no tienen muchas opciones para inscribir sus biografías, sin embargo, siguen aspirando a estar y pertenecer a ese mundo. ¿Por qué? Porque forzosamente debe haber algún beneficio.

Al ser construidas como seres de amor y de servicio pareciera que nos anulamos como humanas. En la mayoría de los casos es cierto, pero cuando de los pocos caminos que tienen hablamos para encontrar un espacio, las mujeres toman las herramientas y las utilizan. La maternidad es una de ellas. Ser madres ya les da un lugar de reconocimiento a las mujeres en esta sociedad. En la narcocultura, la imagen de la madre o de la esposa es respetada. No estoy viendo esto como algo bueno ni malo sino como la opción casi obligatoria para las mujeres que quieren un espacio dentro de esta estructura, un espacio respetado y que les permite tener un papel activo en la organización. Como feminista y como madre viví una experiencia fuera del mundo que acostumbraba. Entendí que las mujeres no son víctimas,

víctimas en este sentido de sólo dejarse llevar como si de objetos inanimados se tratara, de una estructura social, sino que resisten, toman, se apropian de los espacios que la cultura les brinda, utilizándolos con las herramientas que tienen. Ser madre o esposa no es, para mi, un papel pasivo sino las opciones que tienen para inscribir sus biografías y, desde ese espacio, apropiarse de un yo que les es arrebatado por un Estado que les ha fallado. Aunque tienen pocas opciones las utilizan para resistir un contexto que no escapa de ser misógino y machista.

BIBLIOGRAFÍA

Astorga, Luis, Mitología del “narcotraficante” en México, México, Plaza y Valdés, 1995.

Barrantes Valverde Karla; Cubero Cubero María Fernanda. (2014). La maternidad como un constructo social determinante en el rol de la feminidad. 2020, de Revista Wimblu Sitio web: [file:///Users/mac/Downloads/Dialnet-LaMaternidadComoUnConstructoSocialDeterminanteEnEl-4942668%20\(2\).pdf](file:///Users/mac/Downloads/Dialnet-LaMaternidadComoUnConstructoSocialDeterminanteEnEl-4942668%20(2).pdf)

Berger, Peter y Thomas Luckmann, La construcción social de la realidad, Buenos Aires, Amorrortu, decimoctava reimpresión, 2003.

Cervantes, Sergio, “La narcoviencia en Sinaloa”, en Historia de la violencia, criminalidad y narcotráfico en el noroeste de México, Memoria del xvii Congreso de Historia Regional, versión internacional, Culiacán, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales/Universidad Autónoma de Sinaloa, 2002.

Galindo, Karla, “Representaciones simbólicas de la violencia en las narcopelículas”, en Historia de la violencia, criminalidad y narcotráfico en el noroeste de México, Memoria del xvii Congreso de Historia Regional, versión internacional, Culiacán,

Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales/Universidad Autónoma de Sinaloa, 2002.

Güell, Pedro 2008. ¿Qué se dice cuando se dice cultura? Notas sobre el nombre de un problema. *Revista de Sociología*, 22: 37-64. <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/sociologia/articulos/22/2202-Guell.pdf> (27 de febrero de 2013).

Hass, Antonio, edit., *Revista Siempre!*, México, 23 de marzo, 1988.

Marcela Lagarde . (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor*. Nicaragua: Managua: puntos de encuentro .

Olea, Héctor, *Badiraguato, visión panorámica de su historia*, Culiacán, H. Ayuntamiento de Badiraguato/Difocur, 1989.

Ovalle Liliana Paola; Giacomello Corina . (2006). *La mujer en el "narcomundo". Construcciones tradicionales y alternativas del sujeto femenino*. *Revista de Estudios de Género. La ventana* , 24, pp. 297-318.

Reguillo Rossana. (2010). *La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares*. En -----(395-429). México: Fondo de cultura económica.

Romero, Rosendo, *Segregación racial en Sinaloa: la formación de los barrios chinos*, México, Clío/Escuela de Historia/Universidad Autónoma de Sinaloa, vol. 2, núm. 12, 1994.

Salazar, Alonso y A. Jaramillo. *Las subculturas del narcotráfico*. Cinep, Bogotá, 1992.

Salazar, C. (2004), "Dispositivos: máquinas de visibilidad", en *Anuario de investigación 2003*, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco, México.

Sánchez Godoy Jorge Alan. (enero-junio 2009). Procesos de institucionalización de la narcocultura en Sinaloa. Frontera Norte , vol- 21, pp. 77-103 .

Valenzuela, José Manuel. Jefe de jefes, corridos y narcocultura en México. Plaza y Janés, México, 2002

Vidales, Mayra, Los comerciantes chinos en Culiacán (1900-1920), México, Clío/Escuela de Historia/Universidad Autónoma de Sinaloa, núm. 9, 1993.